

Premio Miguel Angel Blanco

Buenos días.

Se cumplen hoy siete años de aquel doce de julio en que ETA materializó su amenaza de acabar con la vida de Miguel Ángel Blanco Garrido.

Aquel no fue un asesinato más. Decía Rosa Díez el sábado, durante el acto conmemorativo de Ermua, que el asesinato de este joven concejal cambió nuestras vidas para siempre. La prueba del nueve de los acontecimientos históricos es que todos recordamos con absoluta precisión lo que estábamos haciendo en el momento en que recibimos la noticia del asesinato de Kennedy, (los que tenemos edad para ello, por supuesto), de la muerte de Franco, de la intentona golpista del 23-F. Todos recordaremos ya durante toda nuestra vida el momento en que conocimos, primero el secuestro de Miguel Ángel y dos días más tarde, el hallazgo de su cuerpo exánime.

Decía que no fue un asesinato más. Tampoco fue el último. Después, el terrorismo nacionalista siguió asesinando a concejales populares y socialistas. Mucho más recientemente, otro terrorismo, el islamista, quitó la vida a 192 personas y dejó a otras 1.400 heridas aquella mañana del once de marzo en Madrid y nada podemos prever sobre esta amenaza de futuro.

Pero el secuestro y asesinato de Miguel Angel Blanco y la reacción ciudadana que se inició hace siete años contra estos hechos fueron elementos definitivos en la lucha contra ETA y constituyeron el punto de arranque de una rebelión en contra del terror y a favor de la libertad que no ha cesado todavía.

Hoy podemos decir que **hay un antes y un después de los dolorosos sucesos de Ermua.** También podemos decir que algunos empezaron a moverse pronto para que el después se pareciese lo más posible al antes.

El clamor popular desatado por aquella iniquidad en Euskadi y también fuera de Euskadi llevó a los partidos representados en la mesa de Ajuria Enea a suscribir un comunicado conjunto que decía textualmente:

“ETA sigue teniendo cómplices entre nosotros... Hoy queremos denunciarlos. Se llaman Herri Batasuna... No podremos actuar conjuntamente en la defensa de ninguna causa por legítima que esta sea en sí misma, con quienes con su palabra de apoyo o su silencio cobarde se han hecho cómplices de tan abominable asesinato”

Meses después, estas palabras no se recordaban como dichas. El PNV firmó y selló con la organización terrorista un pacto de exclusión de los no nacionalistas un año después del asesinato de Miguel Angel y Juan José Ibarretxe fue investido lehendakari con el voto de Josu Ternera, un parlamentario que era a la vez dirigente de la organización terrorista.

Esta es en síntesis la historia de aquellos días de julio. Pero la conmoción que el asesinato de Miguel Angel supuso para millones de personas dio frutos evidentes en la lucha antiterrorista.

Entonces se produjo el principio del fin de la impunidad; la acción de Gobierno se asentó en la aplicación estricta de la Ley. Al mismo efecto contribuyeron la acción de la Justicia y también la iniciativa política, con el acuerdo de los dos grandes partidos de la democracia española en contra del terrorismo y por las libertades.

El fruto más visible de este cambio fue la aprobación de la Ley de Partidos que había de dejar fuera del juego democrático a las expresiones legales de la organización terrorista. Esto permitió la acción de la Justicia, la persecución de su aparato de relaciones internacionales y de sus fuentes de financiación.

En contra de lo que señalaban algunos agoreros, que pronosticaban toda suerte de violencias y desastres, la ilegalización de Batasuna fue mano de santo para resolver el problema. Esto llevó al fin de la kale borroka y a que hoy llevemos un año, un mes y doce días sin un atentado mortal de ETA.

Hoy nos encontramos en una situación infinitamente mejor que hace siete años en lo que respecta a la lucha contra ETA. Algunos empiezan a decir, con todas las salvedades y las cautelas que el caso requiere, que ETA podría estar en las últimas. Nadie lo habíamos imaginado así. Nadie, salvo quizá Jon Juaristi, que deja entrever ese final y algunos otros en la cita de T. S. Elliot que pone el broche a *Sacra Némesis*:

*Así es como se acaba el mundo,
Así es como se acaba el mundo,
Así es como se acaba el mundo.
No con un estallido,
Sino con un suspiro.*

No es probable, sin embargo, que los terroristas hagan una paladina confesión de su derrota. Ni siquiera parece que pueda ser reconocida así por el nacionalismo llamado democrático. El lehendakari Ibarretxe hacía el mes pasado una de sus impresionantes intervenciones para pedirle a ETA una “tregua definitiva y para siempre”, expresión que merece ser analizada. Más allá del pleonasma “definitiva y para siempre”, ¿qué se oculta en ese

oxímoron de calificar a una tregua como definitiva y, por si no habíamos entendido el calificativo, añadir el “para siempre”? Tregua es, por su propia naturaleza, un concepto de duración temporal limitada. Si es muy corta, es ultimátum y si demasiado larga, es, sencillamente, la paz.

Siempre he creído que la sintaxis es una cualidad del alma. Por eso me parece que el imposible lógico de esa “tregua definitiva” define con bastante precisión el deseo de los nacionalistas. Ellos quieren que ETA no vuelva a matar, ni a extorsionar empresarios; consideran que las actuaciones de ETA “estorban”, tal como decía una destacada dirigente del partido-guía este mismo fin de semana. Quieren un silencio definitivo de las armas, pero no una derrota definitiva de ETA. Una hipotética vigilancia de una organización terrorista que no actúa, pero podría volver a actuar, es una ventaja notable para una parte de las fuerzas políticas vascas. Adivinen ustedes cual.

Pero lo cierto es que nos encontramos mucho mejor de lo que hayamos estado nunca. Es verdad que podríamos hallarnos ante el fin de ETA, pero es preciso advertir que cualquier torpeza puede hacernos desandar el camino, puede revitalizar a la fiera. Si me permiten una imagen taurina, debemos tener mucho cuidado con el puntillero torpe que es capaz de levantar un toro ya abatido por el estoque.

Quiero ponerles como ejemplo el acuerdo que en el Parlamento vasco adoptaron los tres partidos que apoyan al Gobierno autónomo, junto a la ilegalizada Batasuna y los socialistas vascos, por el cual, los presos de ETA podrán volver a cursar estudios en la Universidad del País Vasco. Según nos han explicado algunas de las almas bellas firmantes, se trata de que

estudien en la UPV solamente aquellas carreras que no se imparten en la UNED.

Lo que pasa es que la universidad pública vasca, al igual que la universidad española, es presencial, exige la presencia del alumno en las aulas y los presos, es lo que tiene, no gozan de los mismos derechos y libertades que cualquier ciudadano común. Carecen, por ejemplo, del derecho a moverse libremente. No pueden ir a la Universidad ni a las rebajas del Corte Inglés. Para casos como estos está la Universidad a Distancia.

Por eso, los internos de las cárceles tienen derecho a cursar estudios universitarios y a elegir una carrera de entre las que oferta la UNED. Pronto van a comprobar los autores de esta reforma cual va a ser el paso siguiente de la estrategia nacionalista: que cualquier preso de ETA pueda estudiar cualquier carrera en la UPV. La consejera de Educación lo explicaba al afirmar que “los presos tienen derecho a estudiar cualquier carrera en su propia lengua.”

Se preguntarán ustedes por qué este empeño de los nacionalistas en llamar lengua propia a la que peor habla la inmensa mayoría de la población bilingüe, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que la UNED no ofrece ninguna carrera en euskera y que si las almas bellas no espabilan, volveremos a ver a los etarras matriculados en la Universidad Pública Vasca. Cada avance suyo es un retroceso democrático, cada victoria política que obtengan, por pequeña que sea, es una amenaza para las libertades de todos.

Cuentan de Eugenio d'Ors que participaba en un banquete al término del cual un joven y evidentemente inexperto camarero batallaba con tenacidad

contra el alambre que asegura el cierre en las botellas de champán. Cuando, después de algunos esfuerzos, saltó el tapón, buena parte del vino cayó sobre la mesa y en la pechera de algún comensal. Se cuenta que Eugenio d'Ors reconvino al camarero con una expresión que se ha hecho clásica y convendría atender a algunos bienintencionados: “Joven, los experimentos, en la cocina y con gaseosa.”

Quiero, para terminar, expresar una perplejidad y algunos agradecimientos. La tarde en que la noticia del premio empezó a aparecer en los teletipos, recibí una llamada de un amigo mío, periodista, que me dio la enhorabuena por el premio. Luego, como quien no quiere la cosa, me preguntó: “¿Y por qué te lo dan?”

Me pareció una buena pregunta, pero formulada al interlocutor inadecuado. Pensé que yo mismo debía hacérsela a los miembros del jurado para conocer el motivo de la distinción. Debo confesar que desistí, no fuera a ser que yo mismo levantara la liebre, ellos llegaran a la conclusión de que habían cometido un error y se pusieran a subsanarlo. Mejor dejar las cosas como estaban.

Al día siguiente, mi hijo Daniel, que tiene cinco años, me preguntó: “¿Por qué te han dado un premio?” Su madre, que es más ocurrente, respondió: “A papá le han dado un premio por hacer las cosas bien” y aprovechó la ocasión para explicarle la conveniencia de que fuera más cuidadoso en el acabado de sus fichas.

Hay quien dice que todos los premios tienen algo de póstumos aunque yo no quiero concebir esa razón. Pero si así fuera me parecería un buen motivo para un epitafio: “Hizo las cosas bien”, “Cumplió con su deber” o “dejó la

tarea hecha”. Es un balance suficiente para una vida. En todo caso, siempre me quedará la duda de si cumplir con el deber o al menos intentarlo, es algo que merece premios o distinciones honoríficas.

Quiero, en fin, expresar mi sentimiento de gratitud a esta Fundación por concederme un premio que lleva el nombre de Miguel Angel Blanco; a los miembros del jurado por un doble motivo: por el premio en sí y por compartirlo con una persona de la talla intelectual de mi amigo Jon Juaristi. Y gracias a todos ustedes por su presencia aquí.

Nada más. Muchas gracias a todos.

Bilbao, 12 de julio de 2004